

Los pueblos primitivos montañoses, abrigados en las grandes cadenas de montañas, no tuvieron otro refugio, y allí han de haber dejado las señales de su existencia. La costumbre de vivir en las cuevas se prolonga hasta los tiempos históricos; los chichimecas la practicaron cuando hicieron su irrupción en el valle. La vida del troglodita fué general en América. Así lo dicen las cavernas fosilíferas exploradas en los E. U., presentando aspecto idéntico á las de Europa; así lo prueban las del Brasil, en donde el Dr. Lund y Mr. Claussen encontraron los despojos del *Scelidotherium*, del *Glyptodon* y del *Chlamydotherium* con otros carniceros extinguidos, con los restos de animales existentes aún en el continente, conchas del *bulimus*, molusco terrestre común á Sud América, y los esqueletos de una tribu contemporánea de aquella remota fauna.

Bajo el adelanto social la vida de los pueblos se ha dividido en cuatro categorías: 1ª El estado salvaje, el cazador. 2ª El pastor con su rebaño trashumante, la vida patriarcal. 3ª El agricultor, ó el hombre fijo á la tierra para demandarle el alimento. 4ª Las naciones constituidas ó el hombre de las ciudades. Esta clasificación no es adaptable á México; falta aquí el segundo término ó la vida del pastor, pues no se encuentra rastro de que el hombre supiera sacar provecho de los animales útiles, sin duda por haberles extinguido.

Los objetos que hemos presentado, los monumentos que pasamos á examinar, dicen claramente que el hombre americano se fué perfeccionando, pasando por todos los grados de civilización. De cuál manera tuvo lugar ese desarrollo gradual, no podemos decirlo; las diversas fases de la civilización mexicana, por un fenómeno que como otros muchos le es peculiar, saltan de súbito á los ojos enteras y armadas, cual salió Minerva del cerebro de Júpiter. No podemos darnos cuenta cumplida de su cuna, de las causas que influyeron en su perfección, cómo ni cuándo cumplieron sus ya pasadas evoluciones. Aquí están las obras, allá los monumentos; pero sin historia, sin siquiera el nombre del pueblo constructor: es un cementerio en que las lápidas carecen de inscripciones, borradas por la corriente de los siglos.

Al afirmar la mejora del hombre primitivo, no pretendemos decir que todas las familias habitadoras del continente alcanzaron la misma perfección. El desarrollo de la humanidad depen-

de, no sólo de su aptitud intelectual, sino de los objetos que la rodean, de mil condiciones que no siempre pueden ser bien apreciadas. La configuración de un país, sus accidentes climatológicos, determinan la vida y las costumbres de sus moradores. Aún en idénticas circunstancias dos pueblos no progresan uniformemente; el carácter predominante en la familia, las necesidades á que consagra mayor cuidado, imprimen diverso rumbo á sus especulaciones: á veces, el nimio apego á las costumbres y el horror al cambio, dan un sello de inmutabilidad á las naciones. En los tiempos de la conquista no todos los pueblos habían llegado al mismo grado de cultura. Hoy mismo, cuando casi toda la faz de la América está trasformada, en ciertas comarcas, se escuchan los alaridos de los bárbaros, atacando al blanco con el mismo encarnizamiento que al mastodonte á al mammoth de los tiempos post-terciarios. El Viejo Mundo presenta el mismo fenómeno; mientras admira la cultura alcanzada por los pueblos europeos y algunos asiáticos, entristece contemplar el estado salvaje de las tribus de la Africa central, produciendo el mismo desaliento la Oceanía. Parece que, en materia de adelantos, el género humano está condenado al suplicio de Sísifo; llevar un peñasco por la empinada ladera de una montaña, sin alcanzar jamás la cumbre.

Tras millares de años, los actuales habitantes del globo presentan marcadas semejanzas con los hombres prehistóricos. Hamy equipara á los bárbaros del tiempo del mammoth con algunas tribus oceánicas, y establece que las costumbres de los trogloditas son las mismas que las de los pueblos hiperbóreos actuales, que tienen un reno congénere al que vivió en Francia, Suiza, &c. Siguiendo sus inducciones, tomadas alguna vez al pié de la letra, (1) el empleo de la piedra ha sido general y bajo las mismas formas, encontrándose por todas partes entre los salvajes de nuestros días el percutor, cuchillos, punzones y flechas de sílex. De los útiles de hueso, el punzón de Eyzies está modificado apenas en la Oceanía; el hueso fusiforme de la misma estación, colocado oblicuamente en un astil, forma la flecha del polinesio; el arpon de dientes recurrentes en uno ó en ambos la-

(1) Pág. 357 y sigs.

dos, existe entre los pescadores de la Oceanía, de la América del Norte, de la Tierra del fuego, &c. Los lapones, los esquimales, los tchoutchis usan aún las armas y los útiles de las grutas y de los abrigos de Vézère y de la Lesse; el cuchillo-sierra se fabrica en Laponia y en Groenlandia, como ántes en Langerie-Hante ó en Saint-Martin ó Excidenil; el raspador de los esquimales es idéntico á los de Eyzies y de la Magdalena; la punta de hueso del tipo de Aurignac, arma el *bident* del groenlandes. El arpon y el alisador del mismo Aurignac, son semejantes á los de los esquimales; el arpon del tipo Eyzies tiene sus análogos en la industria hiperbórea, y aún sustituido el hierro al hueso, conservan los instrumentos de pesca su forma primitiva.

“Pasando al estudio de los usos y de las costumbres de los pueblos del Norte, hallaremos las mismas analogías. Las principales huellas dejadas por los trogloditas desde Aurignac hasta Chaleux, consisten en la gran cantidad de huesos fracturados para extraerles la médula; Morlot recuerda á este propósito, que “entre los lapones y los groenlandeses la médula, caliente aún por el calor animal, es para ellos cosa muy apetitosa, y bocado de distincion ofrecido á los extranjeros y á los empleados del gobierno.”

“Como los habitantes de nuestras grutas, los samoyedos rompen los cráneos para comer los sesos crudos, todavía humeantes; de esa materia cerebral forman los indios de América una legía para preparar las pieles.”

“Ciertos esquimales hacen hervir sus líquidos con piedras calentadas; hay fundamento para creer, como ya dijimos, que el mismo empleo tenían los muchos cantos llevados de muy léjos á las grutas, por los indígenas de la Europa occidental.”

“Segun Kane, Parry y Ross, esos mismos esquimales producen el fuego, ya por fricción como en Eyzies, ya por percucion con la pirita de hierro como en Chaleux.

“A las grutas cuaternarias en que sucesivamente fueron acumulados tantos restos orgánicos, en mayor ó menor grado de descomposicion, corresponden las habitaciones de invierno descritas por Hans Egedes, verdaderos osarios donde están amontonadas las carnes crudas, la grasa de los mamíferos y de los peces, y residuos de todas clases, derramando un hedor insoportable. En el Norte, como un tiempo en Francia, colocan los salvajes

cerca del difunto sus utensilios, y tambien trozos de animales; pero cuando las zorras y los perros desentierran el cadáver, los naturales miran aquella profanacion con la más amplia indiferencia. En las estaciones del Perigord frecuentemente andan dispersos los huesos humanos; tambien los esquimales dejan confundidos cerca de sus cabañas los huesos del reno, del caballo, &c., con los de sus difuntos y los restos de los animales que les sirvieron de alimento.”

“Así por los usos y las costumbres, como por el material industrial y artístico, los hiperbóreos actuales son semejantes á los trogloditas cuaternarios de nuestro país, y ya establecimos que no se diferencian mucho entre sí por sus caracteres anatómicos.”